

Luis Gil, epistolar y viajero

[en] Luis Gil, epistolary and traveller

Pedro Calvo-Sotelo Ibáñez-Martín¹

Cómo citar: Calvo-Sotelo Ibáñez-Martín, P. (2023). Luis Gil, epistolar y viajero, en *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios griegos e indoeuropeos* 33 (Número Núm. Especial), 19-27.

Quisiera aportar un retrato menos conocido de Luis Gil Fernández, el de su circunstancia viajera y epistolar.

Me matriculé hace más de cuarenta años en Filología Hispánica. Al cursar tercero en aquella Facultad complutense, vi claro que el departamento insuperable era el de Clásicas –profesores, asignaturas, biblioteca–, todo magnífico y sobresaliente: un Jano greco-latino magistral, hecho de un mármol tan fino como trabajado; entre los helenistas, junto a Luis Gil, otros cultivadores de primera magnitud: Lasso de la Vega, Rodríguez Adrados, Sánchez Ruipérez; entre los latinistas, nombres como los de Fontán, García Calvo, Mariner, Lisardo Rubio, Ruiz de Elvira. Por ello, me cambié de especialidad, logré convalidar los dos primeros cursos y empecé Clásicas en el penúltimo piso de Filosofía A, el de los azulejos verdes. Don Luis Gil fue mi profesor en 3º, 4º, 5º y en el curso de doctorado. También dirigió mi tesina.

Terminada esa época, hablamos del futuro: don Luis me describió una situación de bloqueo en la profesión universitaria, una espera larga e incierta: «¿Por qué no te planteas hacerte diplomático? Habla con mi hijo Javier, que ha ingresado en la carrera hace pocos años». Esa conversación y otras me llevaron a opositar. Desde 1987, me he dedicado al servicio exterior de España. Pero mantuve siempre el trato con él.

Tuve el privilegio de que aceptara venir como conferenciante a varios de mis destinos: Suecia (abril de 1989), Francia (octubre de 1998) y Ecuador (octubre de 2000). Es el Luis Gil viajero.

Nos escribimos en esas y otras ocasiones durante varias décadas. Es el Luis Gil epistolar. De un mundo que apenas si sobrevive -el de la carta- y también del de su suplantación por el correo electrónico, el de los pies ligeros, pero menos divino que su predecesor.

A Suecia viajó a finales de los ochenta del pasado siglo para dictar una conferencia en el departamento de lenguas románicas de la universidad de Estocolmo sobre «La España de los Austrias y el Oriente cristiano y musulmán». Recibí al profesor

¹ De la Carrera Diplomática
Correo electrónico: pedro.csotelo@maec.es

recién repuesto de una operación, animoso como siempre. Pero aquél «¿Tenéis lumbré?» con el que interrumpía la clase a cada poco se había acabado. Tres meses antes de viajar, me escribía así [Figura 1]:

Buena parte de este mes estuve convaleciendo de una operación (¡hasta a los que teníamos una salud de hierro nos pasan estas cosas!). Me han quitado la arteria femoral izquierda y me han puesto en su lugar una de plástico. La tenía destruida por completo. Paralelamente, me han prohibido radicalmente el tabaco y las grasas animales. De propina, me obligan a ingerir un verdadero cock-tail de medicamentos tres veces al día. ¡Una delicia! Pero sigo vivo y coleando (carta de 30 de enero de 1989).

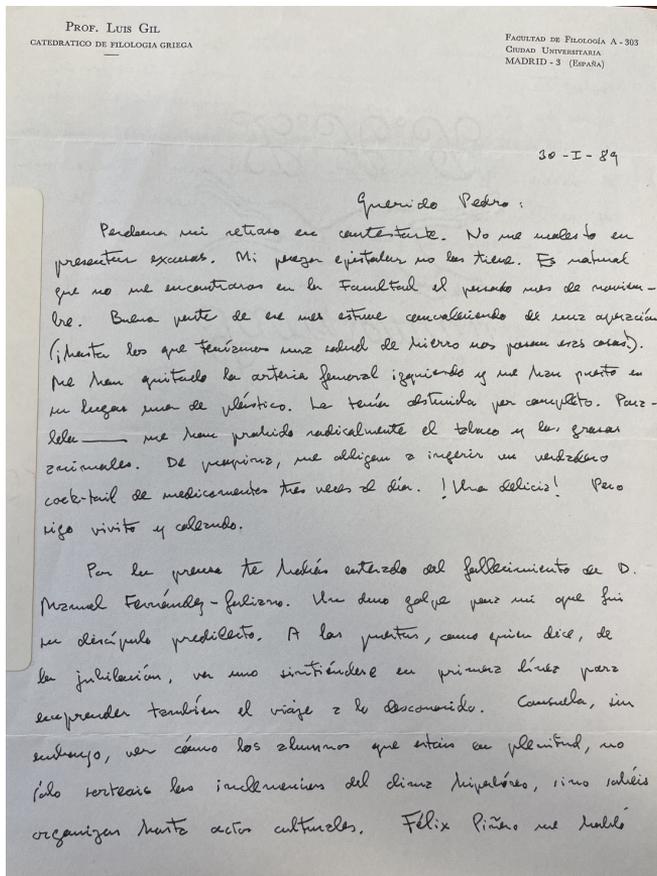


Figura 1

Respetó la primera orden, pero su afición a esas comidas que los americanos llaman *junk food* le llevaba, en nuestros paseos por la primavera de Estocolmo y Upsala, a acercarse a los puestos de perritos calientes o hamburguesas, sujetado por su mujer, Mavi. Mantuvo hasta el final ese gusto: pocos días antes de morir, lo visité en la clínica. Estaba leyendo a Galdós: «Es increíble. Lo que cuenta sigue sucedien-

do. No hemos cambiado». No le oí queja ninguna, pese a su salud quebrantada. Le pregunté si quería algo, pensando en que quizá me pediría un periódico: «¿Me traerías unas porras?». Bajé a una cafetería, subí con el mandado, me vio el enfermero: «Tiene dieta de coronarias, sin grasa, pero yo no he visto nada», y don Luis fue feliz con su segundo y verdadero desayuno. Al despedirnos, me dijo: «Y muchas gracias por ese pecadillo».

En París participé en un ciclo (otoño del año 1998), junto con su discípulo José Manuel Floristán, sobre España y el Oriente cristiano en la Edad Moderna, patrocinado por el Instituto Cervantes, nuestra Embajada en París y las de Armenia, Georgia y Grecia (asistiendo en representación de esta última el entonces consejero, Ioannis Tzovas-Mourouzis, futuro embajador de Grecia en Madrid, donde trató a don Luis Gil, cuya tarea de helenista exigente quiso honrar despidiéndole en el tanatorio el día de su muerte). Recordaba aquella gira así, en un correo de 9 de abril de 2020:

Un asistente a mi conferencia me hizo una pregunta y no pude oír. «¿Qué me ha dicho?» le dije al presidente de la mesa. «No lo he entendido» replicó. Entonces decidí ir a mi aire y me extendí en divagaciones. A la salida Mavi me recriminó: «No has contestado en absoluto a su pregunta». Y yo le repuse: «C'est la vie».

El viaje que más disfruté fue el de Ecuador, en el cambio de siglo, donde dictó varias conferencias:

Ya me imagino que ese país no debe ser lo que se dice un paraíso de las Musas y las Camenas, pero estos dos temas quizá puedan interesar a un público medianamente culto: «Magia y religión en Grecia», «Versiones castellanas del Pater Noster en el siglo XVI». Pueden pensarse también otros, si estos no te agradan. De manera que “a la orden”, como dicen en Venezuela y no sé si también en Ecuador. Un fuerte abrazo para ti y María y muchos besos a la tríada infantil (¿o van a ser ya cuatro?) De vuestro amigo (carta de 27 de enero de 2000). [Figura 2]

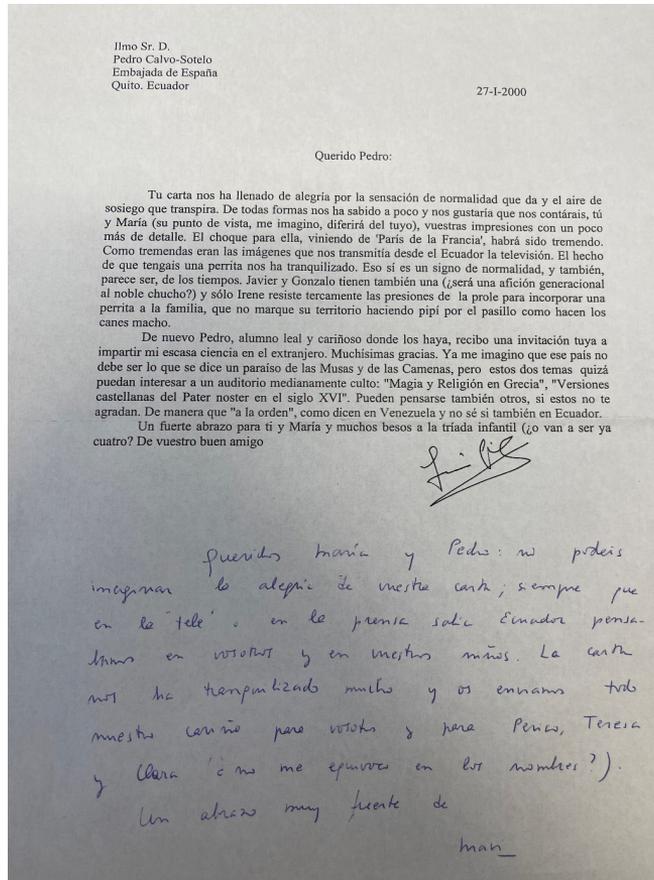


Figura 2

Tras los ajustes del caso «—¡estás hecho todo un executive producer!— [...] quedamos, pues, en que desarrollaré los siguientes temas: “La medicina popular en el Mundo Clásico” completado con algunas consideraciones sobre la “Ética del ejercicio de la medicina en la Antigüedad Clásica”; “El humanismo español: pasado, presente y perspectivas futuras”; “El mito del Protágoras platónico y los fundamentos de la democracia”» (carta de 28 de abril de 2000). Conferencias que dictó en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador de Quito.

Lo que más disfruté fue el recorrido por la jungla amazónica, quizá por el recuerdo de su padre naturalista: «Hombre, Pedro, no digas Amazonía, mejor Amazonia». «Sí, don Luis». Y eso que, meses antes, en una carta madrileña de 28 de abril de 2000, don Luis me decía:

Creo que ha llegado el momento en que dejes el Vd. y el D. Luis (que a María le hacía tanta gracia) y que me llames de tú y Luis a secas. Ello no quita la relación de discipulado [...] Ya Luis ha dicho todo; sólo me queda decir que ha sido el viaje de nuestra vida y no paramos de contar a familia y amigos todas nuestras maravillosas impresiones [añadía Mavi a continuación] (carta de 30 de octubre de 2000).

El caso es que guardo correspondencia epistolar de muchos otros años: qué buena letra la de Luis Gil, letra de antiguo alumno del Instituto Escuela, la que nos enseñaron luego en el colegio Estudio, otro punto de conexión y motivo de conversación, ya que allí fue profesor de griego. Prueba de su independencia de criterio, pese a ser aquella casa una rama de su querido árbol intelectual (y tronco del mío), un día, hablando del colegio, sentenció: «Estudio, ¡qué extrañísimo invierno!».

Voy a escoger de cartas y correos algunos pasajes más, porque en ellos suena su propia voz y porque nos recuerdan tramos de su vida.

Una mirada de filólogo (carta de 30 de enero de 1989), aguas arriba, sobre su maestro [Figura 1]:

Por la prensa te habrás enterado del fallecimiento de D. Manuel Fernández-Galiano. Un duro golpe para mí, que fui su discípulo predilecto. A las puertas, como quien dice, de la jubilación, va uno sintiéndose en primera línea para emprender también el viaje hacia lo desconocido. Consuela, sin embargo, ver cómo los alumnos estáis en plenitud.

Vivió treinta y dos años más.

Otra mirada de filólogo (carta de 28 de abril de 2000), aguas abajo, sobre sus discípulos:

Me estimo un ser afortunado. Todos mis discípulos, aparte de brillantes, me han salido fieles alumnos, lo que no deja de ser una bendición. Por lo que he visto a mi alrededor, sé cuánto amarga la traición de un alumno.

A continuación, testimonios de cierto intercambio de escritos entre maestro y antiguo alumno (*servata distantia*):

Para que no te olvides de tu procedencia, te incluyo unas separatas mías y por correo aparte un estudio más en concordancia con tu actual profesión: un tema apasionante, muy poco conocido y hasta cierto punto de actualidad. ¿Hay alguien que sepa que Ormuz fue en algún momento de España? (carta de 22 de febrero de 1991, a Estocolmo).

Tras enviarle yo un texto con memorias de mi destino egipcio, responde así en un correo de 5 de mayo de 2020, 17: 31:

Querido Pedro: He leído con mucho gusto tu artículo. Tiene un gran poder evocador. Te felicito y espero poder leer otros cuantos tuyos de tantos otros sitios donde has estado. La ventaja de la diplomacia es la de poder conocer lo exótico y lo interesante. La de una persona sensible como tú es la de saber aprovechar la ocasión. Sigue por ese camino. A Javier le doy el mismo consejo. Un fuerte abrazo, Luis.

El año 2007, le hice llegar un *Harry Potter* en griego clásico. Respondió por carta de enero de 2007, mezcla de humor y filología [Figura 3]:

¡Siempre tan detallista! ¿Quién hubiera pensado que Harry Potter pudiera meterse al griego antiguo? Al ver el título Ἄρειος Ποτήρ pensé en un momento en algo así

como el “Bebedor Marcial” (Ἀρειος de Ἄρης, como Martialis de Mars) o “la copa de Ares”; cuando caí en cuenta de lo que se trataba, me percaté de que Harry lo transcribía de oído por Ἀρειος, incurriendo en el mismo error de los nuestros que al heresiarca así llamado lo llaman Arrio, en vez de “Arío” o “Areo”, solo que al revés: la doble ‘t’ está en el inglés y no en el griego. Perdona la bachillería que decían los clásicos [...] Un fuerte abrazo y recuerdos de Conchita.

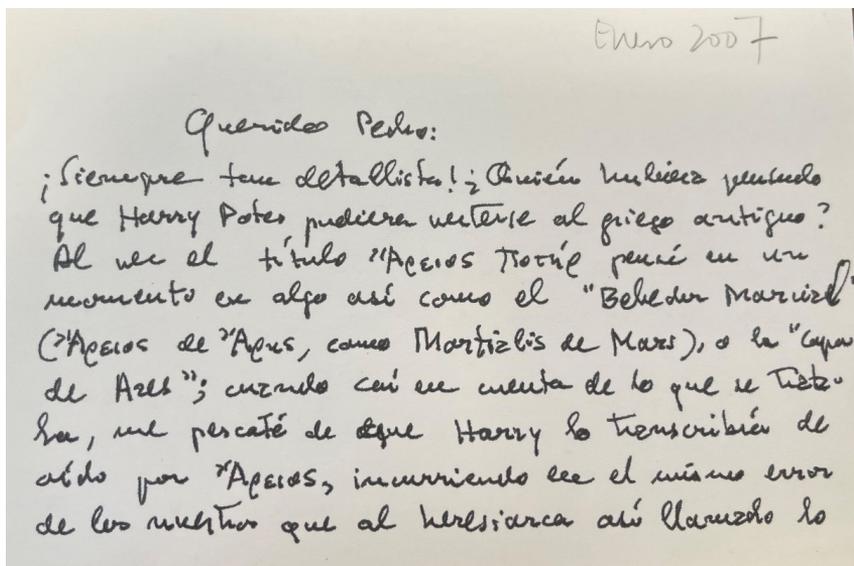


Figura 3

El viajero que recomienda otros viajes a su ex alumno destinado en El Cairo (correo de 10 de mayo 2011, 10: 09):

Mi consejo, dentro de los viajes que proyectas, es que visitéis Jordania antes de que las cosas allí empeoren. Petra, Palmira, Gerasa son estupendas y Ammán es una ciudad con una arquitectura árabe-moderna muy acertada. Túnez era también un país muy agradable de ver.

Preocupado por mi mujer y mis hijos, en este caso, ante la violencia de la primavera árabe en el Egipto de Mubarak:

Querido Pedro: Tu carta confirma las informaciones que puntualmente va dando la TVE, pero nos tranquiliza que hayáis enviado los niños a casa y que María (“¡qué dispuesta!” dirían las viejas) se haya quedado contigo para hacerte compañía y aliviarte de la tensión por la que estás pasando. Veo que te estás comportando como un buen diplomático atendiendo a nuestra gente. Al parecer Mubarak, como aquel general tan valiente que no se rendía ni a la evidencia, se aferra al poder y no está decidido a imitar a su colega Alí Babá. Que Dios reparta suerte torera y no aparezca ningún Jomeini para arreglar la situación. Manténnos informados. Un fuerte abrazo para los dos. Luis Gil y Conchita (4 de febrero de 2011).

Su interés siempre por mi familia:

Todavía no repuesto de las emociones del viaje al Ecuador [...] os echamos mucho de menos a los dos y a los niños, desde el pajarito saltarín a la coquetuela segundona y al serio primogénito ¡Qué suerte de hijos! (carta de 30 de octubre de 2000).

O en este correo, al poco de incorporarme a la embajada en El Cairo (21 de mayo de 2010 22: 07):

Espero que los chicos estén encantados con vivir en un país de faraones y de las “Mil y una noches”, aunque me imagino que a su madre le incomode algunas veces la pachorra especial con que los hijos del Profeta se toman las pequeñas cosas de la vida.

Sobre su familia, me escribió una carta (de 5 de noviembre de 1997) desarbolada y dramática cuando murió su hijo Néstor:

Muchísimas gracias por tus palabras de afecto y amistad en estos momentos. Néstor era un ser especialmente entrañable que se ganaba por su bondad el cariño de todos. Yo me sentía unido a él con una fuerza animal que iba en aumento conforme pasaban los años. Su muerte ha sido, a estas alturas de mi vida, una puñalada en lo más hondo del alma. Estaba tan convencido de que en mis últimos días encontraría refugio a su lado ... Aunque el dolor no cesará nunca, nos vamos ya serenando e incorporando poco a poco a la rutina del trabajo.

Más tarde, me llegaba a un Ecuador revuelto una carta (de 27 de enero de 2000) con noticias de sus otros hijos:

El hecho de que tengáis una perrita nos ha tranquilizado. Eso sí es un signo de normalidad, y también, parece ser, de los tiempos. Javier y Gonzalo también tienen una (¿será una afición generacional al noble chuchó?) y sólo Irene resiste tercamente las presiones de la prole para incorporar una perrita a la familia, que no marque su territorio haciendo pipí por el pasillo como hacen los canes macho.

También de sus nietos: «Yo tengo cinco nietas y un único nieto, παραδείγματος χάριν» (felicitación navideña del año 1996).

Cito dos últimos pasajes que resumen el don Luis del consejo y del humor. Uno, en vísperas de su venida a Estocolmo (carta de 30 de enero de 1989): «Por el contenido de tu carta, compruebo que sigues practicando el celibato. *Macte virtute esto* y no desfallezcas. Tiempo tendrás de casarte». Otro, durante mi destino en Egipto, en plena primavera árabe (10 de mayo de 2011, 13: 09): «No siempre se puede ser testigo de sacudidas sociales como las que han ocurrido en Egipto. Aprovecha la ocasión y toma notas». Le hice caso y guardo medio millar de páginas a modo de diario de aquellos años en El Cairo.

¿Cómo conciliaba Luis Gil el rigor extremo en sus investigaciones, el no pasar por movimiento mal hecho en materia intelectual, con el humor y la jovialidad? ¿Cómo transitaba de esa entrega absoluta a la obra perfecta, cómo saltaba en un instante de ese recogimiento estricto a hablar con uno de manera desenfadada y divertida?

Porque para muchos, en cualquier oficio, la entrega rigurosa es un resorte que se convierte en rictus, sin dejar holgura para más. Ese resorte en Luis Gil era inteligencia y era inteligencia el otro resorte del humor. Había un auriga sereno al mando de uno y otro caballo.

Una última prueba al respecto de cómo Luis Gil no se prestaba a atajos, no escribía fácil divulgación pensando en agradar a muchos, es su último libro. «Lo he escrito –me dijo– pensando solo en una persona, John Elliott». ¿No es para descubrirse, alguien que, a sus 90 años, sale a los archivos y se encierra en su despacho para escribir una investigación que piensa solo interesa a otro historiador?

Luis Gil le escribió:

Estimado y admirado Prof. Elliott: Como sé que es Vd. el único historiador del período que ha prestado atención a su figura, quizá pudiera interesarle mi libro “De pirata inglés a repúblico español. Vida e industrias de Antonio Sherley (1565-1633)” que ha publicado en 2018 la Universidad Complutense, de la que fui Catedrático hasta 1992.

Me pasó luego la respuesta (jueves, 26 de marzo de 2020 11: 45):

Mi distinguido amigo, Aprovechando del confinamiento obligatorio durante esta época de peste y cuarentena he tenido el tiempo para leer desde el principio hasta el final su libro sobre la vida picaresca de mi compatriota Sir Anthony Sherley. Me ha parecido una recopilación fascinante de una cantidad de documentos, en gran parte desconocidos por mí, sumamente reveladores. Me ha impresionado la amplitud de sus investigaciones archivísticas. Los descubrimientos en el Archivo General de Simancas eran previsible, aunque inevitablemente necesitaban una investigación a fondo, pero ni aun estuve enterado de la existencia del archivo de Loyola, que según parece contiene un acopio de documentos sobre el Duque de Lerma. Cualquier información sobre el contenido de este archivo me interesaría sobre manera, aunque sospecho que mis días de investigación personal en los archivos, como los suyos, se acercan a su fin. Gracias a sus esfuerzos creo que tenemos una imagen al mismo tiempo más detallada y mucho más sutil de las ideas y las preocupaciones de Don Antonio [...]. Quedo impresionado, por ejemplo, por el grado de su hostilidad hacia Portugal y los portugueses, como también por su percepción de «una Monarchia de tantas naciones». Este hombre se ve muy astuto, con una visión muy amplia del mundo, pero igualmente muy capaz de equivocarse y caer en errores. Su visión de la Inglaterra de Jacobo I como «una tortuga dentro de su concha» es francamente extraña, y pronto se mostrará gravemente equivocada en cuanto a las actividades de mercaderes, aventureros y colonos británicos fuera del mundo europeo. Así he aprendido y voy aprendiendo mucho de su libro, gracias en parte por la riqueza de sus largas citas que casi dan el sentido de participar en los acontecimientos del siglo XVII al lado mismo de don Antonio. Pero no puedo terminar esta carta sin felicitarle por la fluidez de la narración, una fluidez que hace tan apasionante su lectura. Espero que Vd. se encuentre con buena salud. Confío en que todos tengamos la capacidad de supervivencia de don Antonio en medio de una tribulaciones y andanzas que ponen la nuestras en una perspectiva más realista que la que nos brindan nuestros periódicos día tras día. Con mis reiteradas gracias y más cordiales saludos, John Elliott.

En fin, concluyo. Son varias las formas de honrar la memoria de Luis Gil. La más severa, la que corresponde a un académico: imitar su exigencia intelectual sin descuidar que hay otra vida más allá de la académica. Yo, que no tengo obligaciones académicas, honro su memoria de dos maneras: cuando hojeo un libro de un universitario extranjero, voy a la bibliografía; si constan solo referencias en un idioma —en general en inglés—, cierro el libro: no me merece crédito. ¿Acaso no traen los libros de un gran filólogo e historiador como Luis Gil bibliografía en griego, latín, alemán, francés, inglés, italiano o portugués? Si el libro es además de una materia que trabajó Luis Gil —medicina o censura en el mundo antiguo, humanismo español, entre otras muchas— y en la bibliografía no consta una obra suya, entonces, recordando al personaje brutal de Will Danaher en la película de John Ford “Un hombre tranquilo”, saco la libreta y apunto el nombre en la lista de proscritos. Pero sin duda este homenaje a instancias de *Cuadernos de Filología Clásica* es la mejor manera, una modalidad excelente, y agradezco mucho que hayan contado conmigo a los profesores Rodríguez Alfageme, López Salvá, Floristán Imízcoz y García Romero, editores de este volumen y todos ellos ilustres discípulos de Luis Gil.

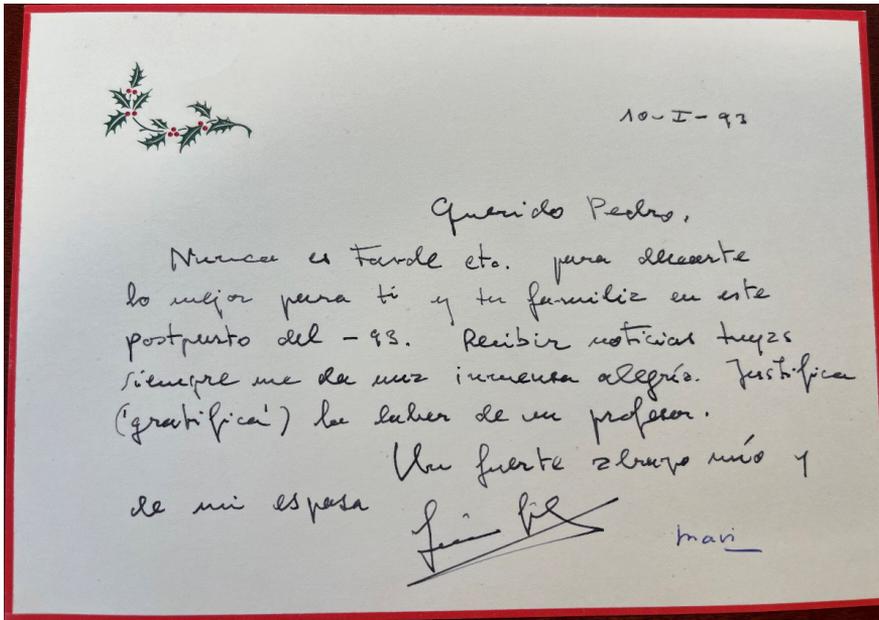


Figura 4